



# Escribir *queer*, sentir *queer*: una conversación con Giuseppe Caputo

Ivonne Alonso-Mondragón

Profesional en Estudios Literarios, Escritora y Docente Feminista,  
ia.alonso@uniandes.edu.co

*“Lo que yo veo como *queer*, lo que busco desde ahí, es una imagen de futuro”*

Soy lectora, por sobre todas las cosas, como un mandamiento. No sabría relacionarme con el mundo sin las palabras ajenas, sin la imaginación de otros; así he aprendido a ver mucho, andar mucho, aunque todavía sepa poco. Leer (en la línea del lenguaje en disputa) es el verbo más variable de todos, el que más me gusta justamente porque muta: leer es amar, odiar, crecer, es todos los verbos que no soportan un imperativo; es también un sustantivo: casa, madre, padre, mundo, muerte. Y a veces, de la magia de leer sale una ramita, una arista, la paloma del sombrero, el rizoma que está atrás y adelante de los libros; poder hablar con un escritor(a) no es oír la palabra de un dios, es conocer al mortal humano detrás de las palabras, con sus creencias y sus pasiones, también con su propia forma de leer que termina conjugada en el verbo escribir. Creemos que el libro sale del escritor(a), pero siempre es al revés; por eso todas las personas que escribimos somos invertidas, volteadas, raritas, así digamos lo contrario.

Leer, hablar y escribir son un gran paréntesis del lenguaje, un paréntesis dentro de un paréntesis, una identidad cruzada con otras tantas; son una *experiencia queer*, así le llamo yo. Porque en ese cruce no se mide género, sexo, orientación, raza, edad, clase, todo pasa por la palabra que se multiplica y muta, que nos hace ser y sentir diferentes aunque creamos que seguimos siendo

les mismas. Pero no. Leer, hablar y escribir son formas de habitar otras pieles.

Así fue que llegué a Giuseppe, usando ropas que no eran mías, creciendo al lado de sus personajes mariposa sucedió el milagro: del libro salió el autor, porque primero fue la palabra, salió como un personaje más de sus propias ficciones y me dijo “está bien, vamos a chusmear” (dícese del verbo “chismear”, echar chisme; porque ¿qué es la literatura sino un gran chisme?).

**Ivonne Alonso-Mondragón:** A mí me gusta leer porque no sé vivir de otra forma, pero también leo porque dicto clases, porque escribo, porque las identidades que me habitan buscan en los libros una forma de nombrarse; pero también, porque no puedo imaginarme una relación más fuerte que la que existe entre un libro y el mundo del que habla. Como mujer feminista y bisexual me ha interesado desde hace unos años cómo aparece eso otro, eso raro, lo torcido, lo diverso, lo *queer*, en la literatura colombiana. En ese camino me he encontrado tesoros, pero también un gran agujero negro, una presencia aún muy precaria de lo LGBT en nuestra literatura.

**Giuseppe Caputo:** Como lector he abrazado lo latinoamericano, y en mi constelación lectora han estado autores como Jattin, Barba Jacob, Fernando Vallejo, Jaime Manrique, el Caribe ha estado

muy presente; pero también Perlongher, Copi, Marosa Di Giorgio, Eielson, y cuando yo pienso en esta constelación lo que me gusta sentir es que, cuando yo digo esos nombres, no sé si esas personas se hubieran identificado como LGBT. Pero mi lugar con la lectura ha sido muy autodidacta, porque yo estudié periodismo, entonces, empecé a llegar a esos libros queriendo ponerme al día por no haber estudiado literatura. Por ejemplo, en ese camino, un libro clave para mí fue *Al diablo la maldita primavera* de Alonso Sánchez Baute; yo leí ese libro y salí del closet. Cuando eso pasó yo empecé a buscar libros con “temática” LGBT, y en esa búsqueda yo leí algunos que estéticamente son muy normativos; de alguna forma eran pedagógicos porque me mostraban escenas de la rumba gay y otras cosas, pero sentía que no había un trabajo con el lenguaje; no sentía que hubiera una reflexión sobre de qué manera el mundo ha entrado en estos cuerpos específicos —amanerados, feminizados, raros—, y de qué manera ese choque se transforma en el cuerpo escritural. Como me interesa eso, he visto mucho que algunos colegas que son gays le rehúyen a la etiqueta de “literatura gay” o “literatura *queer*”, y yo creo que en realidad es por miedo a perder entre sus lectores a un público heterosexual. Entonces ahí surge la idea de que “la literatura es literatura y punto”. Y yo entiendo la defensa de ellos, porque no existe algo como “literatura heterosexual”, entiendo la lucha, pero el problema es que el apellido o adjetivo *queer* o *gay* no tendría porque desestimar la categoría de literatura, y hay quienes piensan que sí, que la reduce o la encasilla, pero no debería ser así. Las etiquetas no son un encasillamiento, son una guía, un faro; no aceptarlo es una forma de closet también.

**IA-M:** Quisiera profundizar en una idea que iluminas ahora con tu respuesta, y es que yo creo que la escritura es una manifestación del cuerpo que escribe, las experiencias de la vida atraviesan la escritura, y viceversa.

**GC:** Con esto podemos volver al miedo que le tienen algunos a las etiquetas porque creen que las etiquetas son pequeñas, pero para mí son todo, menos pequeñas. Las etiquetas dan cuenta del orden del mundo, de la relación directa entre quien escribe y el mundo que lo atraviesa; la forma en que el mundo ha entrado en esa persona. Si una persona que escribe quiere integrarse sin tensiones al mundo de los libros, de los escritores y los lectores pues el camino fácil es rechazar una etiqueta. Pensar que existe literatura,

en mayúsculas, es una forma de decir soy parte del mundo y ya; mientras que la etiqueta es decir “escribo y escribo con esta etiqueta, pero también para luego salir de ella”.

**IA-M:** Partiendo de lo anterior, hay una idea muy asociada entre lo *queer* y lo LGBTQ+, por eso, existe ese miedo a las etiquetas, como si ser gay, lesbiana, bisexual, trans, etcétera, fuera la única característica de una persona; en ese sentido está también el miedo de ciertos autores a que su literatura se reconozca como gay o *queer*, porque la literatura no depende solo de la orientación sexual de quien la escribe. Por eso me gustaría ampliar más en la idea de “qué es lo *queer*”. En lo personal no lo veo como una casilla, ni siquiera como una identidad, sino como un sentir o una experiencia. Eso permite ampliar las nociones del concepto.

**GC:** Lo *queer* no está únicamente ligado a lo identitario, sino a una propuesta estética. Por eso se puede ampliar la idea de lo *queer* y hablar de literaturas —en plural— que rompen con la convención de inicio, nudo, desenlace, linealidad y lenguaje fácil; lo que apela a la eficiencia y la rapidez de un libro. Hay un texto de José Carlos Mariátegui que aplaude el valor de la escritura del Inca Garcilaso porque deja ver que son textos hechos desde adentro, desde su propia tierra, y no emulando la literatura española. Por eso, en esa línea uno puede preguntarse qué sería hoy lo *queer* en la literatura, que va de la mano con qué es hoy una literatura descolonizada. Yo cada vez soy un lector más lento, ya no vivo en la voracidad de los veinte aunque fue una edad estimulante, sino que ahora me gusta quedarme en los libros, sin importar el registro —novela gráfica, poesía, ensayo académico—, y lo que más trato de ver es cómo rompen los libros con la linealidad establecida. Porque uno ahí puede identificar cuándo una persona que se acomoda al mundo produce textos que se encajan más fácilmente con los valores sociales dominantes. Así, si el cuerpo y el pensamiento de una persona no entran en el mundo, el cuerpo del texto también es un rechazo a lo dominante, y yo lo veo en la estética, como dice Eagleton, la estética como una ideología, como una política; de ahí sale el mapa de las rarezas.

**IA-M:** La estética es el mejor lugar para hablar de libros, y gracias a que lo mencionaste quisiera preguntar por tus dos novelas, *Un mundo huérfano* (2016) y *Estrella madre* (2020), porque en las dos está presente lo *queer* desde el plano evidente, que es la experiencia homosexual en los narradores

protagonistas; pero también está lo *queer* desde la apuesta estilística y estética.

**GC:** Para mí ha sido muy importante en las dos novelas inventarme ciudades imaginadas; ha sido crear un mundo a partir de un tiempo y un espacio *queer*. Ahora estoy revisando mucho literatura juvenil (que es una literatura a la que con el apellido “juvenil” también han empequeñecido, pero no es así), y encuentro allí otros mundos posibles, alternativos dentro de este mundo, y esos otros mundos no son evasiones. Y si pienso en esos espacios conecto con que lo que se siente al ser una persona *queer* –LGBT, marica, o como cada quien se quiera llamar– cuando uno entra a un espacio que tiene otros códigos, con otro tipo de lazos afectivos. Y eso es algo que me interesa en mi escritura. En el caso de *Un mundo huérfano* es más explícito, porque están las discotecas, el sexo gay, la espectacularidad de lo homosexual; quizás por eso pueda decirse que es explícitamente *queer*. Pero en *Estrella madre* hay otro tipo de personajes, y de relaciones, por ejemplo mujeres mayores, una idea de comunidad, otro tipo de lazos. Es decir, en las dos novelas participa ese “otro mundo”, esa otra experiencia que no es explícita, ni únicamente gay. En los espacios de sauna de *Un mundo huérfano* no manifiesto solo el sexo gay, hago explícito cómo se acaban las jerarquías ante la desnudez, todo los hombres en toalla son iguales, no hay una clase superior a otra; y en *Estrella madre* hay una construcción (de un edificio) siempre inconcluso, y también está el espacio en ruinas donde viven los personajes, y allí aparece ese otro mundo posible.

**IA-M:** Desde lo que vienes diciendo, ratifico que en las dos novelas hay una puesta en práctica de la idea *queer* en la literatura, no solo como una categoría sino en donde la escritura es un campo de acción para transformar, ampliar, romper cualquier idea fija. Por ejemplo, una de las cosas más fascinantes de las dos novelas es que los narradores protagonistas encarnan lo que yo nombro como el “*bildungsroman queer*”; unas voces nostálgicas infantiles que pasan por la adolescencia, por el despertar emocional, por la experiencia sexual, por la adultez conflictuada, por la pérdida, las carencias, y todo esto no sucede de forma lineal; ahí hay una temporalidad trasgresora.

Pero además, para ampliar la experiencia *queer* que trae en sí mismo el acto de leer, quiero decir que en las dos novelas hay algo que identifico

como una mutabilidad de las identidades: está la amiga-madre, la madre-hija, el padre-hijo, el padre-amigo, la madre-sombra, el padre-amante, el niño-mariposa; incluso los objetos nunca son una sola cosa: una foto no es solo una foto, un teléfono no es solo un teléfono, un cojín no es solo un cojín y puede llegar a ser el vientre de una mujer embarazada.

**GC:** A mí me gusta mucho una idea de Judith Butler que dice que no se debe solidificar la palabra, sino que la palabra tiene su devenir; es lo que dice Paul B. Preciado cuando menciona que lo *queer* es lo que no es “ni chicha ni limonada”, ni una cosa ni la otra, lo que no se puede clasificar. Lo *queer* es algo que estaba por fuera de las siglas iniciales LGBT, la Q se escapaba, estaba en devenir; ahora ya se ha solidificado más como una identidad y se usa como sinónimo de los LGBT, incluso si la persona es normada, es decir homonormativa. Por eso creo que hay que disputarse la palabra, y empezar a hablar de lo no normado, de lo raro, lo extraño, lo que rompe; así que, lo que yo veo como *queer*, lo que busco desde ahí, es una imagen de futuro; es pensar en juntar todo lo que la sociedad rechaza. Por ejemplo, el deseo homosexual ha sido representado predominantemente como el hetero como objeto de deseo, y la fantasía de que el hetero se vuelva gay. Por eso para mí es muy importante que el objeto de deseo en mis novelas sean locas, porque se han representado las locas como las deseantes, pero no las deseadas. En *Un mundo huérfano* está el “mariposón”, porque literalmente se pone las alas de mariposa, y en *Estrella madre* están los obreros, y la imagen de la guacamaya, además alguien masturbándose con esa imagen que no debería —desde lo normativo— ser deseada pero sí lo es. Para mí la identidad no puede ser un amurallamiento, por eso es lamentable que lo *queer* se esté viendo como una sobreexposición de un yo que a demás es un yo amurallado. Debemos permitirnos la penetrabilidad, y concebir al “yo” como un yo que puede diluirse en los demás y constantemente se está reconformando. Lo *queer* no puede ser quedarse atrapado ni en el deseo ni en el discurso del otro; lo *queer* es el desmurallamiento. ■



